

Sixto bajó la cabeza, y se retiró, sin decir una palabra más. No he vuelto á verle.

Quise yo todavía absolver á aquella de quien acababa de saber un nuevo extravío. Cogí un puñado de flores en el prado cercano, y volviendo á esparcir las sobre su tumba, exclamé:
—¡Olvida mis heridas y cure Dios las tuyas!

XLIV

EL día siguiente se me pasó como un sueño, casi sin conciencia de lo que pasaba en torno mio. Me pedían que dispusiera y diese órdenes, sin que comprendiera de lo que se trataba ni qué me querían. Por fin, haciendo un esfuerzo sobre mí mismo, alcancé sacudir en parte mi torpeza. Entregué todas las llaves, enterándole del estado de todo lo de la casa al más anciano y más honrado de todos los criados; despues de lo cual, no llevando conmigo más que algunos instrumentos indispensables y mis documentos particulares, fuime á esperar en casa del doctor el derecho de partir sin que mi marcha pudiese parecer una huida.

Tres días despues llegó Tonino. No se atrevió á pedir para verme, y sin embargo, al verse dueño de aquellos bienes que temiera sin duda tener que compartir conmigo, espantóse de la posesion absoluta de aquella mal adquirida riqueza, pensando en señalarme una pension. Llegó á concebir esta última bajeza. Morgani, sabiendo perfectamente cuál habia de ser mi

respuesta, antes de encargarse de la comision, desentendióse desdeñosamente de aceptarla.

En cuanto supe haber tomado posesion Tonino de la fortuna de los Morgeron, abracé al doctor y partí en secreto. Era yo bastante estimado en el país, y quise evitar una escena de despedida; no queria que compadeciera nadie mi pobreza, que nadie admirase mi desinterés, ni que se me diese cuenta por nadie, de los hechos y acciones del nuevo heredero que álguien podia suponer agradables por lo denigrantes.

A ciertas tristezas se hace necesaria la soledad, como á ciertas altiveces el silencio. Fuíme hácia los ventisqueros despues de haber descansado unos momentos en los chalets de Zemmi. El sol era caliente, sin embargo huia yo la sombra del peñon del *Bolo*; habia para mí en ella un recuerdo emponzoñado. Contemplaba el cielo, las cimas, las águilas que descendian, los bosques de las regiones inferiores que me ocultaban la casa y la isla, la pradera muellemente ondulada bajo mis piés, y á lo léjos la compacta cordillera de los Alpes italianos. Todo lo cual era bello y grandioso. La naturaleza era inocente de mis males. No habia yo recibido de ella sino sonrisas, ejemplos y fuerzas. No tenia yo sobre la tierra un solo amigo; porque, yo mismo habia muerto para todos aquellos con quienes habia sido afable, humano y justo durante cinco años.

No queriendo y no debiendo verlos jamás, ni saber nada de lo que pudiera suceder en aquel rincon de tierra, en el cual habia creído acabar mis dias, iba á ser en él recordado solamente un poco, y pronto olvidado.

Nadie se ocupa mucho de las personas más ó menos altivas que no gustan de que se les compadezca. Así es que me encontré á la vuelta de cinco años, tan solo, desconocido, y abandonado á mí mismo, como el dia en que dormí en la posada del simplon donde me encontré á Juan.

Cuantos lazos me habian unido así con la vida como á

la sociedad, y estaban entonces rotos, estábanlo ahora nuevamente y más aún. Todo lo habia sido para mí el pasado; nada habia para mí en lo porvenir. Es tal vez imposible imaginarse una existencia más amargada y una situacion más alarmante.

Pues bien; volví á tomar mi hatillo y mi baston ferrado, caminé sobre el hielo, luego sobre el musgo de las sendas y despues entre el polvo de las carreteras. Estuve andando casi todo el dia, y llegada la noche, dormí sin soñar. Al dia siguiente, ví nacer el sol bello y deslumbrante desde un lugar sublime; no sé entonces qué especie de vigor fisico y moral inundó por completo todo mi sér. Volví á encontrar aquella especie de vehemencia de goce misterioso que me habia abandonado el dia del descubrimiento de mi desdicha. Me sentia dichoso de existir, dichoso de volver de nuevo á revivir y de haber ya vivido.

¿Yo dichoso? ¿por qué? ¿de qué? ¿Cómo era esto posible? ¿Era yo por ventura un corazón de hielo, ó un estúpido egoista? No; no podia creerlo. No me hacia la menor ilusion sobre las dificultades de continuar viviendo; porque, cualquier cosa que pudiera sobrevenirme, una existencia nueva cualquiera habia de crearme nuevos deberes. No poseia nada absolutamente, y no era que el deber de trabajar, al que debia someterme al dia siguiente ó tal vez desde luego.

Cualquier nombre nuevo á quien fuese á encontrar y con el cual debiera trabajar, habia de ser extraño para mí, y siendo necesario crear un lazo moral entre él y yo, habia de resultar una lucha fuese quien fuere. Habia veinte probabilidades contra una de que inspirase yo la desconfianza propia de todo el que se presenta, sin apoyo alguno y sin recursos, á pedir trabajo. Nada de todo esto me causaba el más insignificante temor, pues tenia fuerzas y voluntad para el trabajo y,

además, sabía trabajar. Estaba convencido de saber hacerme útil y de obligar por consecuencia á los demás á que lo fuesen para mí. A carecer de fuerzas para asegurar mi vida, nada más fácil y sencillo que echarme en un barranco cualquiera y allí morir en paz, si algun viandante compasivo no me hubiera levantado. Mi situación moral y social ofrecia la gran ventaja de que la muerte no podia ser para mí una desgracia. ¿De qué debia, pues, regocijarme, al sentir como penetraba en mí la fuerza para ser, tanto como le pluguiera á Dios, uno de tantos habitantes del mundo?

Intentaré decirlo: yo no estaba, en realidad, descontento de mí. Habia sido, indudablemente, poco previsor, me habia faltado penetracion y atractivo bastante para convencer, ciencia moral é intelectual para sanar del todo; pero no siendo orgulloso y no viendo en mí sino un hombre común, podia atestiguarne que habia sacado de mi fondo natural cuanto me habia sido posible, consagrándolo á la verdad y al bien. Habia podido cometer faltas de apreciacion, pero nunca mi corazon se habia extraviado, y todo cuanto constituia mi sér moral habia hecho todo el bien que habia podido hacer; ninguna pasion indigna habia torturado mi conciencia.

La conciencia, hijos míos, exclamó el anciano Sylvestre al terminar su narracion, levantándose con el vigor de un jóven, á pesar de sus setenta y cinco años; la verdadera conciencia, es ese algo de verdad y lucidez, ese talisman puro, ese clásico espejo del alma que hace que penetremos las cosas tal cual son, esto es: bella la naturaleza perfectible, el honor eternamente aceptable, la vida y la muerte sonriente.

Palaiseau, 15 Mayo 1863.

FIN

